



La escritura: zona de recuerdos*

Inés M. Stranger

Dramaturga y profesora Escuela de Teatro U. C.

La invitación a participar en el encuentro **Los escritores tienen la palabra** me sorprende en un momento de intensas reflexiones y perplejidades sobre mi oficio.

He leído por ahí que no hay nada peor para un escritor que dejar de ser un escritor novato. Yo estoy en ese difícil tránsito. He escrito dos obras de teatro (**Cariño malo**, en 1989 y **Malinche**, en 1992) y me encuentro en el momento crítico de comenzar a llamarme a mí misma dramaturga y, lo que es más importante, comienzan a considerarme dramaturga las personas que me rodean.

Tomo esta oportunidad como un rito de pasaje. Es la primera vez que me veo obligada a reflexionar y a exponer, directamente, no escondida detrás de un personaje, las ideas centrales que orientan mi trabajo y mi búsqueda.

Sé, por la naturaleza de mi oficio, que toda palabra tiene consecuencias. El sólo hecho de escribir y de sistematizar esta reflexión ha tenido ya importantes consecuencias sobre mi escritura. Y temo, sinceramente, que este trabajo pese sobre mí como una suerte de manifiesto o declaración de principios que traiga consigo nuevas exigencias.

Diré, para comenzar, que mi experiencia en la escritura teatral ha sido breve y violenta. Me sorprende mucho observar cómo ha llegado a ser mi oficio lo que ha surgido de una necesidad no de expresar, sino de

hacer comprensible para mí misma, algunos sentimientos, ciertas emociones e incluso situaciones que me resultaban dolorosas y conocidas, sin que yo pudiera explicarme por qué.

Digo lo anterior porque quiero que nos pongamos en la misma perspectiva: yo no tengo detrás de mí una extensa obra que analizar ni evaluar, estoy en medio de las bataholas de la vida y temo, frecuentemente, ser atrapada por las batallas diarias del vivir.

Lucho como un gladiador para conseguir espacios de silencio y creatividad que me permitan leer y pensar. Lucho como un gladiador, también, para romper esos espacios de silencio y dejar de leer y dejar de pensar y desgastarme en el vivir que me parece, muchas veces, que no tiene nada que ver con el escribir.

Porque al escribir me encuentro con mi espíritu más grave y más profundo, un espíritu exigente que me obliga a entrar en dimensiones del alma humana a las que muchas veces preferiría no acceder.

Puedo decir, entonces, que vivo permanentemente tensionada por una doble naturaleza: una tremenda alegría por la cotidianeidad de la vida se ve interceptada de golpe por una conciencia grave y solemne que me obliga a entrar en laberintos, en grietas que se abren en la realidad, intersticios por los que se cuelean espacios crípticos y soñados, personajes desconocidos, dimensiones añoradas y perdidas.

La escritura ha sido para mí el lugar de las grandes

* Ponencia presentada en el VIII ciclo de **Los escritores tienen la palabra**, organizado por el Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura, mayo de 1994.

batallas espirituales. Es ahí donde he podido vencer, en alguna ocasión, las tinieblas de la noche. Escribir para el teatro, darle cabida a las voces antagónicas que conviven en mi mente, me ha exigido actualizar y revivir episodios complejos y dolorosos que no siempre tenía conciencia de conocer.

Y esto ocurrió aun cuando presumí estar hablando por otros y fijé los límites entre mi vida y la de los personajes, aun cuando creí estar basándome en observaciones más o menos objetivas de la realidad; y ocurrió con más fuerza todavía en el momento de la puesta en escena, donde los contenidos personales, completamente enajenados, comenzaron a materializarse con la reinterpretación de mis compañeros.

Escribir teatro en la incertidumbre y en la duda, buscando alumbrar con las palabras zonas de un comportamiento que reconozco, quiero y rechazo, obser-

var luego ese texto, buscar ocupar un espacio en las coordenadas temporales y espaciales que entendemos como realidad y, más aún, sorprenderme al ver cómo otras personas construyen, a partir de él, sus propios universos personales, ha sido lo que me ha permitido comprender, simbolizar y tal vez comenzar a vislumbrar el sentido de la experiencia humana de una manera más global.

Ha ocurrido esto de un modo tan verdadero que me ha resultado inevitable reflexionar sobre ello y me encuentro ahora en la búsqueda de las explicaciones.

¿Qué contiene verdaderamente nuestra memo-

Malinche, dirección de Claudia Echenique, Teatro de la Universidad Católica. En la foto: Claudia Celedón, Marcela Solervicens, Giselle Demelchior, Pablo Macaya y Paz Yrarrázaval.



ria? ¿Por qué tengo la sensación de reconocer e incluso de recordar sentimientos y situaciones que nunca he experimentado? ¿Qué es lo que realmente se vive? ¿Ocupa un lugar equivalente en el recuerdo las situaciones que hemos vivido con las que hemos soñado? ¿Será que un gesto, cualquiera que sea, contiene en sí mismo todas las experiencias humanas?

He comenzado a dudar de las biografías. Los datos o las circunstancias sobre los que se definen las personas y los personajes no tienen gran interés. Los universos espirituales son mucho más complejos.

Me ha ocurrido, y eso es lo que me asusta y me asombra, que a través de la escritura he podido acceder a un cierto tipo de espacio psíquico que, por falta de otro nombre mejor, me gusta llamar *zona de recuerdos*.

Recuerdos que atraviesan mi historia de vida, pero que se completan en una historia humana que se proyecta desde hace siglos.

MALINCHE

de Inés M. Stranger

Estrenada por el Teatro de la Universidad Católica de Chile el 23 de julio de 1993 en la Sala Eugenio Dittborn del Teatro U.C.

FICHA TÉCNICA

Dirección	Claudia Echenique
Escenografía	Francisco Gacitúa
Vestuario	Carolina Agüero
Iluminación	Ramón López
Música	Jorge Campos
Arreglos de voz	Arlette Jequier
Producción	Guillermo Murúa

REPARTO

La madre	Paz Yrarrázaval
La hija mayor	Lorene Prieto
La segunda hija	Giselle Demelchiorre
La tercera hija	Claudia Celedón
La niña	Marcela Solervicens
El extranjero	Pablo Macaya
El emisario	Juan Claudio Burgos
Voz	Arlette Jequier

He comenzado, entonces, a estudiar y a comprender la dimensión espiritual que tiene el mito. El mito entendido como un espacio de encuentro y de representación que nos permite acceder, conocer y comprender conductas y sentimientos que son comunes a todas las épocas, a todas las razas y a todas las religiones. Un espacio en el que es posible reconocer vivencias que exceden nuestras experiencias individuales.

Creo que el teatro nos proporciona ese espacio, abierto a la creación de lo imposible, donde podemos transportar por un instante a un tiempo que no es nuestro tiempo, a un espacio que no es nuestro espacio, a una realidad que no es la nuestra, la de todos los días, sino aquella en la que parece que todo tiene sentido.

Escribir teatro, tomando esta perspectiva, significa haber tomado ya algunas decisiones. Significa, por ejemplo, facilitar en el texto un cierto uso ritual del espacio escénico, donde el espacio se vaya colmando de sentido durante el trabajo de la puesta en escena, ya que no se busca tanto representar un lugar reconocible sino, sobre todo, contener las experiencias y vivencias que en él ocurren. Es decir, escribir el texto dejando amplios espacios para la creación escénica.

Significa, también, entender la acción dramática como la representación externa de un conflicto interno que se expresa a través de personajes que, más que psicología, tienen un contenido simbólico que me exige y me obliga a un diálogo con las fuerzas más antagónicas de mí misma, hasta ser capaz de llevar la tensión al límite: no a la pérdida de una de las partes, como se entiende habitualmente en el planteamiento del conflicto tradicional, sino a la integración de las partes en ese estado donde el antagonismo se disuelve, allí donde se unen las fuerzas que parecen contrarias, allí donde comienza a vislumbrarse el enigma de la realización de los destinos individuales.

Significa, sobre todo, permitir que el trabajo de escritura se vuelva sobre mí, me interprete y me acose, que me plantee preguntas y me dé las respuestas, que gire mis creencias, que me obligue a ver, que me ponga frente a mis prejuicios, que me haga deambular por las zonas del miedo, ahí donde deambulan los fantasmas del recuerdo. ■